

**MÉXICO: HISTORIA,  
IDEAS Y CULTURA POLÍTICA**

# Poder y política entre Porfiriato y Revolución. El reyismo

ELISA CÁRDENAS AYALA

UN LUGAR HISTORIOGRÁFICO

LA revolución mexicana iniciada en noviembre de 1910 tuvo como principal bandera una reivindicación democrática: «Sufragio efectivo. No reelección». Se izaba esa bandera frente a un régimen autoritario, unipersonal, el del general Porfirio Díaz, quien sumaba ya treinta y tres años de gobernar al país reeligiéndose.

Un régimen cuyos opositores no dudaron en llamar dictadura y que uno de sus más lúcidos historiadores calificó como «dictablanda»<sup>1</sup>, concentrando, en una palabra, las contradicciones políticas mayores del sistema que lo enmarca. Para la explicación de tales contradicciones se propondría, años después, la idea de «ficción democrática»<sup>2</sup>.

Con todo y la capacidad de convocatoria que la señalada preocupación tuvo, pasado ese breve período conocido dentro de la historiografía especializada como «primera etapa de la revolución mexicana»<sup>3</sup>, la democracia pasó a ser una preocupación de segundo plano en las luchas políticas del país, que empezaron a estructurarse en torno a los ideales de justicia social, de reparto equitativo de la riqueza y en particular de la tierra, delineando el rostro agrarista y social de esta revolución. Tal es la imagen de la revolución que mejor y más se conoce; tal es el rostro que, estereotipándose alternadamente a través de los rasgos de Francisco «Pancho» Villa y de Emiliano Zapata, más se ha difundido, incluso a escala internacional.

---

<sup>1</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida política interior*, 2.<sup>a</sup> parte, México, ed. Hermes, 1972.

<sup>2</sup> La imagen fue propuesta por François-Xavier Guerra, quien hizo del sistema político porfiriano una minuciosa radiografía política; véase *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>3</sup> Esta etapa coincide esencialmente con el movimiento acaudillado por Francisco I. Madero, a partir de noviembre de 1910 y comprende la caída de la dictadura (mayo de 1911), el interinato de Francisco León de la Barra y el gobierno ma-

Al triunfo de esta revolución<sup>4</sup>, el ideal democrático ya se encuentra francamente desplazado a un segundo plano aunque seguirá siendo parte esencial del discurso. Así, el sistema político que se construye y consolida a partir de los años 1920, materializará únicamente la segunda mitad de la fórmula, la «no reelección», dejando de lado la efectividad del sufragio<sup>5</sup>. El nuevo sistema político, también un sistema autoritario, encontró solución al problema político central que puso fin al gobierno de Díaz: la sucesión presidencial, mediante la creación de una instancia máxima de negociación, *El partido de la revolución*, cuya capacidad como espacio de resolución de diferencias entre la clase política quedó vigorosamente demostrada por más de siete décadas<sup>6</sup>.

La democracia como preocupación política dominante resurgirá a finales del siglo xx, luego de un largo paréntesis. Su prolongada letargia con seguridad influyó en la poca importancia que historiográficamente se concediera al tema<sup>7</sup>. México comparte en este sentido rasgos de la historiografía latinoamericanista contemporánea, muy marcada por el acontecer político del siglo xx y por sus democracias desvirtuadas<sup>8</sup>. De manera que los procesos ligados a la

---

derista; y culmina con el asesinato del mismo Madero, ya presidente electo, en febrero de 1913, luego de un golpe militar.

<sup>4</sup> El fin de la revolución mexicana es un punto sobre el cual la historiografía no ha llegado a un acuerdo: algunos retienen 1920, siendo ésta la fecha en que cesa la violencia militar generalizada; otros prefieren 1940, fecha que coincide con el fin del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, último a quien se considera fielmente apegado a los ideales sociales de la revolución. Finalmente, durante buen tiempo se pretendió que la revolución no habría cesado y prestigiosas empresas historiográficas la prolongaron hasta bien entrados los años 60 (es el caso notorio de la *Historia de la revolución mexicana* que en varios volúmenes publicara El Colegio de México).

<sup>5</sup> Tampoco es que la no reelección haya tenido la vía enteramente libre; lo atestigua la reelección de Álvaro Obregón en 1928; sin embargo, el dramático cierre de este episodio que cuesta a Obregón la vida, pasa a excluir ya la reelección de las expectativas políticas de carrera formalmente reconocidas como legítimas.

<sup>6</sup> El Partido Nacional Revolucionario (PNR) se creó en 1929. Es obra de la creatividad política del general Plutarco Elías Calles y cumplió durante largas décadas una innegable función de regulación de las tensiones políticas de la sociedad mexicana, bajo los nombres de Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y luego Partido Revolucionario Institucional (PRI). Sobre este tema véase el ya clásico libro de Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, México, Siglo XXI, 1984. Además el Partido se autodefinió como el espacio por excelencia de la revolución hecha política, deslegitimando de entrada toda acción política externa al mismo como no revolucionaria si es que no reaccionaria. Véase Guillermo Palacios, «Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana», *Historia Mexicana*, vol. XXII, enero-marzo de 1973, núm. 3, págs. 261-278.

<sup>7</sup> Excepcional y precursor fue el trabajo de Pablo González Casanova, *La Democracia en México*, México, Era, 1965.

<sup>8</sup> Hace ya algunos años, Antonio Annino señaló la existencia de una «leyenda ne-

construcción de democracias formales pocas veces han sido considerados como lugares historiográficos capaces de hacer avanzar la comprensión de estas sociedades y de su historia (así, fueron en particular desdeñados los procesos electorales, igual que los partidos políticos, considerados como meras farsas políticas).

Estudios recientes, empero, han mostrado no sólo la validez de la construcción democrática formal como objeto de estudio<sup>9</sup>, sino que en la exploración de la misma se encuentran, a no dudarlo, elementos centrales para la comprensión de la construcción del mismo autoritarismo<sup>10</sup>. Por lo demás, diversos estudios han formulado propuestas para superar importantes lugares comunes relativos al ámbito de extensión social de lo político y de las formas de conciencia política individual, que contribuyen a acercar cada vez más la historia social de la historia política<sup>11</sup>. Es así como la democracia ha visto afirmarse su calidad de lugar historiográfico de lo político para la época contemporánea<sup>12</sup>.

Desde esta perspectiva, la democracia como aspiración y motivación política es sin duda uno de los observatorios historiográficos más esclarecedores del universo político que aquí nos interesa: ese México entre dictadura y revolución, en que la inclinación democrática pareciera estar en el limbo.

Los años que aquí se analizan (1908-1913), correspondientes al declive y caída del porfiriato, pueden caracterizarse como un «laboratorio democrático» en el entendido que, dentro de la noción de laboratorio caben la puesta a prueba y resultados, no sólo de los elementos, actores y fuerzas que pugnaron por la construcción de un régimen democrático, sino necesariamente también, el ensayo y resultados de aquellos que pesaron a favor de la solución autoritaria.

---

gra» cuyo peso sobre los procesos electorales latinoamericanos ha incidido en su poca exploración y explotación historiográfica. *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995.

<sup>9</sup> Véase el citado libro de Annino. También puede verse, a manera de ejemplo, el estudio de María Alejandra Vizcarra Ruiz, *El proceso de democratización en México. 1812-2000*, Ciudad Juárez, UACJ, 2002.

<sup>10</sup> Véase el estudio de Eugenio Tironi para el caso chileno: *Pinochet. La dictature néo-libérale*, París, CETRAL-L'Harmattan, 1987.

<sup>11</sup> Véase *La politisation des campagnes au XIXe siècle. France, Italie, Espagne et Portugal*, École Française de Rome, Roma, 2000, especialmente Caroline Ford, «Religion et identités politiques dans la campagne française au XIXème siècle», págs. 327-341. La preocupación de hacer una historia social de lo político estaba ya presente, para el tema que aquí nos interesa, en la obra citada de François-Xavier Guerra.

<sup>12</sup> Véase la reflexión de Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

## EL UNIVERSO POLÍTICO PORFIRIANO

Es el porfiriano un universo político complejo, que sobrepasa al gobierno y a las organizaciones políticas formales y tiene un alcance social mucho mayor. Dentro de la perspectiva limitada que es la de estas páginas, centrada en su descomposición, al menos dos elementos resultan indispensables para comprenderlo: el funcionamiento del sistema político y el del espacio público que le son propios.

En cuanto al primero, si no es completamente convincente el caracterizarlo como una dictadura<sup>13</sup>, tampoco resulta satisfactorio quedarse en esa limitada y ambigua verdad que lo define como un sistema autoritario. Una de las caracterizaciones que más aceptación ha tenido es la que describe al autoritarismo porfiriano como apoyado en una vasta y sólida red de fidelidades políticas convergentes en un poderoso nodo: Porfirio Díaz. Red y sistema que no sabríamos considerar estáticos, con todo y que tengan elementos de gran estabilidad y de innegable continuidad. A lo largo de tres décadas (debiendo sin duda algunos elementos ser considerados dentro de un marco temporal más amplio), se asiste, por una parte, a la consolidación de instituciones liberales proyectadas décadas atrás y, por otra, en el marco de ese contexto cambiante, los hombres, los vínculos que entre ellos se forjaron, su percepción del sistema y su relación con él, fueron necesariamente variando, de manera que es posible distinguir generaciones y grupos, rivalidades y luchas de poder dentro de una red extendida sobre un territorio muy vasto, que cubría en profundidad los distintos niveles de la estructura administrativa del Estado y, por ende, sumaba varios miles de personas<sup>14</sup>. Se trata pues de una estructura de poder sometida a constante negociación, conciliación de intereses y ajuste<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> La discusión en cuanto al carácter dictatorial o no del régimen de Díaz, tiene que ver con los medios utilizados y con el grado de violencia con que el régimen se mantuvo e impuso sus reglas del juego. Quedando muy claro que no se trata de una dictadura militar, las dificultades vienen enseguida del apego que tuvo Díaz hacia las formas legales y la puesta en escena de la farsa política que precisamente hizo de él un «presidente reelecto» en múltiples ocasiones, que gobernó manteniendo la vigencia formal de las instituciones republicanas (particularmente de los poderes judicial y legislativo) y, en esa perspectiva, no un «dictador» en sentido estricto.

<sup>14</sup> Véase François-Xavier Guerra, *ob. cit.* Las variaciones, las disputas de elite, las luchas por el poder entre grupos pueden seguirse prácticamente «al día» en Co-sío Villegas, *ob. cit.*

<sup>15</sup> Entre los ajustes de la red de fidelidades cabe mencionar un mecanismo importante que interesa especialmente a nuestra reflexión aquí: la eliminación puntual de aquellas cabezas demasiado visibles y con presumible capacidad de con-

Por otra parte, es preciso considerar las variaciones en el funcionamiento del sistema en las que fueron sus distintas escalas. La Federación mexicana (incuestionada ya) compuesta por estados teóricamente soberanos, dotada de una constitución federal y de constituciones particulares para los estados, es en ese sentido una estructura piramidal de ejercicio del poder que va de la unidad básica, el municipio, hasta la federación, pasando por los departamentos y cantones en que caprichosamente se subdividen los estados con algunas variantes regionales<sup>16</sup>. Los mecanismos de elección de las autoridades correspondientes a cada uno de estos niveles variaron en el tiempo y el espacio<sup>17</sup>. Así pues, el ejercicio del poder en sus diversas escalas tuvo expresiones concretas según los contextos regionales y locales. No habiendo lugar aquí para detenerse en esas particularidades, baste decir que el estudio de estas expresiones ha permitido también saber que, con ser la red muy vasta y densa, el Estado no ejercía un control férreo sobre todo el territorio y que existían espacios a donde su poder no llegaba. Así, los equilibrios de fuerzas locales y regionales influyeron en el margen de maniobra concreto que tuvieron los actores políticos, especialmente los que representaron una oposición al régimen en sus últimos años.

Inscrito en la perspectiva de una historia del sistema político mexicano, es el porfiriato un momento de afirmación de las instituciones liberales en un contexto de paz, pues efectivamente Díaz consiguió evitar que el conflicto de intereses tomara velozmente la forma de la rebelión armada, rompiendo así con uno de los signos característicos de la vida política mexicana desde el nacimiento de la nación independiente. El proyecto liberal original sufre en esta puesta en práctica importantes distorsiones, en particular en cuanto a su contenido fuertemente anticlerical. Historiográficamente, suele subrayarse la paz, esa que se ha llamado *pax porfiriana*, la estabilización política y la concentración del poder, que hicieron posible la consolidación del Estado; suele minimizarse en cambio la afirmación del proyecto liberal que ella conlleva y pre-

---

juntar gran número de voluntades disidentes. Probablemente el ejemplo más destacado sea el del general Ramón Corona, quien desapareciera «oportunamente» cuando era un aspirante con muchas posibilidades de obtener la presidencia. Del asesinato de Corona, no pocos tenían por responsable al mismo Díaz. En el porfiriato tardío, el general Bernardo Reyes, hombre que había sido por cierto muy cercano a Corona, fue la última de esas cabezas juzgadas demasiado sobresalientes.

<sup>16</sup> Véase Edmundo O'Gorman, *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, editorial Porrúa, 5ª edición, 1973.

<sup>17</sup> Durante el mismo porfiriato, autoridades tan importantes como los jefes políticos, encargados de la administración de unidades administrativas intermedias entre el estado y el municipio, pasaron de ser electos a ser designados en la mayoría de los estados.

sentarse a las instituciones correspondientes como deformadas, sino traicionadas por la pragmática política de Porfirio Díaz y la construcción de su red de alianzas que terminó por asociar al más connotado enemigo histórico del liberalismo: la iglesia católica.

La neutralización de este importante actor, permitió la desarticulación del binomio secularización-rebelión que había obstaculizado la acción secularizadora del Estado sistemáticamente hasta la llegada de Díaz<sup>18</sup>. La negociación que produce estos resultados y que lleva a la existencia de una jerarquía católica «porfirista», también tiene consecuencias sobre el surgimiento de actores políticos nuevos, de signo confesional, opuestos parcialmente a la secularización del Estado y de la sociedad.

La normalización de la vida cotidiana fuera de un contexto de guerra (que la envolviera durante buena parte del siglo XIX), y la consolidación de las instituciones del Estado, también alimentaron la modernización de la sociedad. El funcionamiento del régimen, con su singular apego a las formas legales, contribuyó al surgimiento de aspiraciones nuevas, como las vinculadas a la democratización del ejercicio del poder. Se da así un florecimiento de la vida asociativa de signos muy diversos, desde lo religioso (de las asociaciones piadosas en sentido estricto a las francamente políticas, pasando por la «acción social»), lo social (particularmente en el campo de la ayuda mutua y la beneficencia), lo cultural (en particular sociedades científicas y artísticas), hasta lo político; florecimiento que atestigua el surgimiento de nuevos actores y contribuye a acrecentar la distancia entre las referencias y valores políticos de los «hombres del régimen» y las nuevas generaciones con aspiraciones democratizantes, no siempre vinculadas al ejercicio del poder. Estos nuevos actores inciden de manera importante en la transformación del espacio público que van apropiándose, particularmente a través de la prensa.

Al espacio público porfiriano se le puede caracterizar en términos generales como un espacio en vías de modernización y sometido a la vigilancia estrecha del Estado<sup>19</sup>. Conviven en él actores que comparten la característica de ser vigilados de cerca, con todo y disponer de un margen de maniobra relativo, dentro de un sistema que usa distintos pesos y medidas para considerar, controlar, moderar y reprimir la oposición política.

El acceso al espacio público porfiriano fue excluyente, restringido y elitista. Sin embargo, en las postrimerías del régimen se da

---

<sup>18</sup> Hasta entonces, a toda acción secularizadora de importancia había sucedido una reacción armada.

<sup>19</sup> He desarrollado ampliamente este tema en *Le Laboratoire Démocratique. Le Mexique en Révolution (1908-1913)*, París, Publications de la Sorbonne, 2001.

una ampliación importante del mismo. Ampliación no necesariamente buscada ni mucho menos deseada por el gobierno, pero promovida por actores de diversas clases sociales y horizontes ideológicos. Una parte importante de estos actores —y por eso la perspectiva de la historia de la democracia es pertinente— se movilizan impulsados por ideales de inclusión y de cambio en el funcionamiento del sistema político.

Los actores que se apropian del espacio público porfiriano en sentido político provienen de tres horizontes ideológicos: uno es el pensamiento de signo católico, inconforme con un sistema que ha consagrado la separación de política y religión como pilar de su funcionamiento. Otro es el horizonte liberal (un espectro muy amplio) que principia recogiendo las inconformidades al sistema en el seno de la elite y que termina ampliándose a sectores populares vastos. Finalmente está el horizonte del pensamiento anarquista, empujado muy pronto a la clandestinidad, mas no por ello sin efecto sobre núcleos importantes en particular en el medio obrero, específicamente minero.

La ampliación que logran actores de signo liberal tiene distintas expresiones, siendo una de las más importantes aquella que la historiografía mexicanista consigna como «reyismo» y que será objeto de análisis en estas páginas. Precede en tiempo a aquella que, planteándose en franca ruptura con el sistema, dará pie a la caída del régimen y que la historiografía conoce como «maderismo».

Entre las consecuencias de la ampliación y apropiación del espacio público por nuevos actores está la que puede considerarse una revolución del espacio público porfiriano: en ese sentido, es lícito pensar que la revolución mexicana, antes que ser una contienda militar, es una revolución del espacio público, cuyas normas implícitas de funcionamiento van desmoronándose entre 1908 y 1911, entre ellas el carácter intocable de la figura de Díaz.

#### LA SUCESIÓN: UN CALLEJÓN SIN SALIDA

Con su consagración de una figura central insustituible, el sistema político porfiriano fue creando el que sería su problema político mayor y la causa de la crisis que culminó con su derrumbe: la imposibilidad de encontrar vías pacíficas para la sucesión de Porfirio Díaz. La llamada «doctrina del hombre único», común entre las elites latinoamericanas de la época y que el venezolano Vallenilla Lanz llamara «cesarismo democrático»<sup>20</sup>, con la cual pretendió jus-

<sup>20</sup> Laureano Vallenilla Lanz, *Obras completas*, t. I, *Cesarismo democrático*, Caracas, Universidad Santa María, 1983.

tificarse *a posteriori* un poder altamente concentrado y, en el caso mexicano, un poder que se fue construyendo por la vía de desaparecer otras cabezas posibles, condujo a un callejón sin salida política.

Desde 1904 se había encontrado lo que parecía (desde la perspectiva de las elites acomodadas en el poder) la solución más viable: formalizar la existencia de un «delfín» por la vía de la creación constitucional de la Vicepresidencia de la República. El primer vicepresidente fue así Ramón Corral, asociado al grupo de los «científicos»<sup>21</sup>. Por esa misma razón, en vísperas de las elecciones presidenciales de 1910, lo que verdaderamente se encuentra en juego —siempre desde la citada perspectiva—, el centro de atención y de tensión política, no es la sucesión presidencial, sino la sucesión vicepresidente, puesto que ese es el mecanismo que el sistema ha encontrado para proveer la sucesión: el sucesor de Díaz no es el candidato a la presidencia (que, por lo demás, mientras viva, no puede ser sino el mismo Díaz), sino el candidato a la vicepresidencia. Además en un sistema en el que no existen mecanismos de competencia electoral real, sino que la elección pasa a sancionar la voluntad del Gran Elector que es Díaz, de antemano se sabe que no habrá sino una candidatura, la que obtenga el beneplácito de Díaz y que, por lo tanto, en ella se juega, a la postre, la sucesión presidencial.

Sólo dentro de este contexto se puede entender el acontecer político en el ocaso del porfiriato; no sólo el reyismo y sus contradicciones, sino también la relativa ceguera de Díaz frente al maderismo y la diversa importancia que atribuyera a uno y a otro; así como la ruptura profunda que en términos políticos representa el planteamiento maderista cuando, saliéndose de las reglas del sistema, enfoca su atención en la presidencia de la república.

---

<sup>21</sup> Se llamaba así, peyorativamente, a los miembros del grupo de José Yves Limantour, ministro de Finanzas desde mayo de 1893 y arquitecto de una política económica liberal. La cercanía del grupo respecto a la filosofía positivista y su apego, en un inicio, a la aplicación a la administración pública de los principios de la «ciencia», en el sentido comtiano del término, le valieron el sobrenombre. Se debe a esta «fé positivista», una de las justificaciones teóricas del régimen de Díaz, que se resume en la fórmula «orden (en este caso paz) y progreso». El grupo se constituyó a finales de los años 1870, con jóvenes intelectuales y hombres políticos, en especial Justo Sierra (quien en un primer tiempo fuera uno de los principales exponentes del positivismo en México y que luego se alejara gradualmente de él), el más intelectual y el menos político de ellos, Miguel y Pablo Macedo, José Yves Limantour y Manuel Calero, en torno al entonces ministro de finanzas, Matías Romero, y bajo la protección de Manuel Romero Rubio. La mayoría de los «científicos» serían luego altos funcionarios del régimen y, hacia las postrimerías de éste, se les atribuiría la responsabilidad de todas las derivas del mismo, acusándoseles de «manipular» a un presidente muy anciano.

## UNA OPOSICIÓN PORFIRISTA

Lo que comúnmente se llama «reyismo» es uno de los fenómenos políticos menos comprendidos de la historia contemporánea de México. En primer lugar, a pesar del interés que frecuentemente ha suscitado, corre con la suerte historiográfica de los perdedores políticos: ser conocido a través de una serie de lugares comunes que lo simplifican en extremo.

En términos de los acontecimientos que tejen el hilo de su paso por la historia mexicana, el reyismo puede sintetizarse como sigue: desde los primeros años del siglo xx, la figura del general jalisciense Bernardo Reyes se dibuja con gran fuerza como la del posible sucesor de Porfirio Díaz. Reyes es un liberal porfirista, que probablemente gozó de la confianza de Díaz hasta que se volvió «presidencial».

La carrera política de Bernardo Reyes había sido brillante: militar formado en las luchas contra la intervención francesa y cercano al prestigiado general Ramón Corona, contribuyó a consolidar el régimen de Díaz en una zona muy amplia del norte del país, a partir del gobierno del estado de Nuevo León, pero extendida mucho más allá de las fronteras de éste; fuente de fidelidades y clientelas político-administrativas para Reyes, quien fue durante buen tiempo el hombre más poderoso del norte. A partir de enero de 1901 ocupó el ministerio de la guerra, desde donde impulsó una reforma del ejército introduciendo la «segunda reserva» —por la cual se movilizaría a la población civil en caso de guerra—, misma que gozó de gran popularidad<sup>22</sup>. El éxito de la segunda reserva del ejército, marca —y no es algo gratuito— el inicio de la desgracia política de Reyes, quien en diciembre de 1902 renuncia al ministerio para retomar el gobierno de Nuevo León. De manera que, al crearse la importante institución de la vicepresidencia en 1904, el general se encuentra muy lejos de poder hacer sombra al grupo de los científicos, que llega a ella a través de Ramón Corral.

En torno a su imagen se congregaron inicialmente quienes veían con malos ojos el ascenso político de los «científicos»: frente a éstos, a quienes se acusa de intentar vender el país al extranjero, el reyismo se presenta como nacionalista, además explota el sentimiento popular que hace renacer en los «científicos» la responsabilidad de

---

<sup>22</sup> La importancia de este proyecto de Reyes fue grande y lo hizo un hombre muy temido; según Alicia Hernández Chávez, le permitió coordinar más ciudadanos que a cualquier otro hombre político, incluido el presidente. Véase «Origen y ocaso del Ejército Porfiriano», *Historia Mexicana*, vol. XXXIX, julio-sept. de 1989, núm. 1, págs. 257-296.

todos los males del pueblo. Fue Reyes especialmente influyente en importantes sectores de la francmasonería y del ejército.

En sus inicios el reyismo es el producto de la voluntad de camarillas políticas, que buscan convencer al presidente Díaz de que Reyes es su sucesor más adecuado; se trata de llevar al poder a un hombre más que a un programa político. En ese sentido, la candidatura de Reyes es una candidatura entre bambalinas, no formalizada por organización alguna, sino más cercana a lo que en nuestros días comprenderíamos como una pre-candidatura. Es importante recordar, a este respecto, que no existen en México, durante el porfirato, partidos políticos en el sentido moderno del término, compitiendo por el poder como parte aceptada del sistema o reconocidos como interlocutores del régimen<sup>23</sup>. De manera que, para las sucesivas reelecciones de Díaz se habían formado agrupaciones políticas que contribuyeron a dar legitimidad a la reelección, bajo la forma de círculos de amigos (tales como el Círculo Nacional Porfirista, la Unión Liberal, los clubes Reeleccionistas). Estos círculos fueron parte fundamental de la escenografía electoral porfiriana, pero actuaban sometidos enteramente a la voluntad de Díaz. En ellos y en su peso sobre la voluntad presidencial, se traducían las luchas de influencias y de intereses al seno de la «familia liberal». En este contexto, lo que los partidarios de Reyes intentan es hacer que Díaz haga de aquel su propio candidato a la vicepresidencia. De manera que «reyismo» hay desde los primeros años del siglo xx; lo que importa, sin duda, es el cambio cualitativo en su contenido, que se aprecia al acercarse la última reelección de Porfirio Díaz.

La proximidad de esta elección tiene varias particularidades: en primer lugar, Porfirio Díaz pasa ya de los ochenta años y, por más atributos que se le confieran, no se le pretende inmortal; en la prensa se alude a su edad avanzada y se reitera la necesidad de que prepare él mismo a su sucesor —aunque esto último pueda responder en algunos casos a un convencionalismo de la retórica política—. Además, el propio Díaz había tenido en marzo de 1908, la veleidad de declarar a la prensa norteamericana —en lo que ha pasado a conocerse como la «entrevista Díaz-Creelman»— su deseo de ver formarse partidos políticos. Para el mundo político porfiriano, quedaba claro que Díaz, con todo y declaraciones, no tenía ninguna intención real de separarse del poder. Frente a eso, la rapidez con que algunos le toman la palabra, es signo de la vigencia de su interés y de ninguna manera de ingenuidad.

---

<sup>23</sup> El único que puede considerarse tal, el Partido Liberal Mexicano, de los hermanos Flores Magón, por su radicalidad es empujado a la clandestinidad y al exilio prácticamente desde su nacimiento. Véase James D. Cockroft, *Precursores intelectuales de la revolución mexicana (1900-1913)*, México, SEP CIEN/Siglo XXI, 1985.

Al amparo de tales declaraciones nacerán las primeras organizaciones políticas independientes del siglo xx que intentan jugar con las reglas del sistema. 1909 es así el año de nacimiento de diversas organizaciones políticas de corte moderno, entre las que conviene citar el Partido Democrático (enero de 1909) y el Centro Antirreeleccionista (mayo de 1909), luego transformado en Partido, pero ya desde diciembre de 1908 había nacido la primera organización abiertamente reyista del país, el Partido Independiente, fundado en la ciudad de Guadalajara. Las estrategias adoptadas por estas organizaciones son diversas, siendo obvio que todas tienen por razón de ser la sucesión de 1910: desde las que prefieren jugar con la indefinición no adoptando de entrada candidaturas (es el caso del Democrático), hasta las que postulan abiertamente un candidato presidencial distinto de Díaz (los antirreeleccionistas), pasando por las que optan por contender en la elección vicepresidencial, presentando un candidato específico y postulando a la vez a Porfirio Díaz a la Presidencia. Éste es el caso de los reyistas.

Al acercarse la sucesión presidencial de 1910, el reyismo ha dejado de ser un fenómeno privativo de las elites políticas. La «candidatura» de Reyes atrajo el interés de sectores populares principalmente urbanos, sumando cada vez más voluntades. Tras la entrevista Díaz-Creelman, los reyistas se organizan públicamente. Es, en ese sentido, uno de los primeros movimientos que se «modernizan» buscando jugar con las propias reglas del sistema. Un rasgo comparten los reyistas de elite y quienes se adhieren más tarde al movimiento: en todo momento, la estrategia política es vencer al gran elector que es Díaz, de la necesidad de que Reyes sea su sucesor, primero desde los círculos reducidos del poder, luego recurriendo a la «opinión pública».

Es necesario empero, hablar en plural de «reyismos», pues entre una región y otra, por encima de las múltiples similitudes y de los objetivos afines, el reyismo fue diverso y permaneció inconexo. Siendo un hombre del sistema, Reyes aspiraba a ser el «delfín» de Díaz, lo cual contribuye a explicar la que aparece a nuestros ojos como la mayor paradoja del reyismo: lo que conocemos como reyismo es la movilización de numerosos actores, individuos y agrupaciones políticas formales, a favor de una candidatura que jamás será asumida por el candidato: Bernardo Reyes no hará suya jamás la candidatura por la que tantos se afanan entre diciembre de 1908 y noviembre de 1909. Sus partidarios sufrirán persecución política de magnitudes diversas (cierre de periódicos, expulsión de escuelas profesionales, encarcelamiento, transterramiento) hasta desbandarse por completo. El general Reyes aceptará su destierro político recubierto del título de «misión militar» en Europa, dejando el suelo mexicano en noviembre de 1909 para no regresar sino en 1912, tras la caída de Díaz. A su regreso, aliado a los más resueltos

ex-porfiristas, protagonizará varios intentos de rebelión armada contra el gobierno de Francisco I. Madero, que terminarán costándole la vida, en un contexto en que el reyismo como movimiento político amplio, ha dejado de existir.

La enigmática figura de Bernardo Reyes incita a detenerse un poco en ella. A simple vista, Reyes aparece como una de las más paradójicas figuras políticas del siglo xx mexicano: aspirante a la vicepresidencia con numerosos seguidores, no asume su candidatura; militar sobre quien pesa durante largos meses la sospecha de felonía, no se rebela; caído en desgracia política, no se resiste a ella; vuelto a la patria lo primero que intenta es rebelarse contra un gobierno legítimo; pundonoroso militar, va a encontrarse con la muerte en ridículo enfrentamiento.

Dos episodios, separados en el tiempo, retratan singularmente la última etapa de su vida. Es el primero el del hombre que acepta sin oponer resistencia la salida política que le impone Díaz: la misión militar en Europa, a la que parte dejando a sus desconcertados partidarios a merced de las distintas formas de represión decididas por el dictador. De este episodio quedan muy interesantes testimonios de índole diversa, en particular la correspondencia entre Reyes y Díaz<sup>24</sup>, que deja ver parte importante del imaginario del primero y que permite apreciar a qué punto Bernardo Reyes tipifica lo que podríamos llamar «vasallaje político contemporáneo». Si se subestima la importancia de este factor, y se mira a Reyes con los ojos de la moderna política —esa misma que permitió el crecimiento numérico y moral de sus partidarios—, la figura de Reyes no hace sino crecer en paradojas que el historiador no logra desentrañar.

Se llega así al segundo episodio, en el cual aparece Reyes de retorno de su «misión» europea, con la mira puesta en el poder, rindiéndose ante los primeros espejismos que ante él se presentaron. Se le ve entonces presentarse montado a las puertas de Palacio Nacional, acompañado de unos cuantos hombres, e intimar la rendición de la guardia del recinto. Se le ve casi enseguida caer fulminado por las balas de la misma guardia que no reconoce en él ningún liderazgo y rehúsa rendírsele. Cae así el gran general frente a unos cuantos hombres. El episodio resulta absurdo a nuestros ojos, pero perfectamente concordante con el imaginario «caballesc» que marca siempre el tono a la pluma de Bernardo Reyes.

Ambas escenas, sin embargo, si bien ilustran la vida y el imaginario de una figura importante, no son representativas del reyismo; no sólo el general no es el movimiento, sino que, más aún, puede afirmarse que nunca formó parte de él. Es sin duda esa una de las mayores singularidades de lo que llamamos «reyismo»: a partir de

---

<sup>24</sup> Se conserva en el Archivo Bernardo Reyes-CONDUMEX.

una motivación política común, crecen en diversas regiones del país movimientos cuyo necesario líder «federador» constantemente se escabulle. Liderazgo no asumido que, empero, mantiene en estado de alerta a un régimen que se empeña en cortar una cabeza no erguida. Esguerramiento de alto e irreparable costo para los movilizados, cuya razón de ser pública se esfuma.

Por interesante que resulte esta paradójica figura<sup>25</sup>, mucho más lo son los movimientos políticos inspirados en ella, que el desarrollo de una historiografía centrada en los actores individuales y muy seducida por Reyes y sus contradicciones ha explorado relativamente poco. Sin que haya lugar aquí para una exposición detallada de casos, cabe enunciar algunos aspectos generales y rasgos compartidos. Más allá de la reconstrucción de su historia, se plantea una importante cuestión: la contribución del reyismo a la lucha contra el autoritarismo y a la modificación de la cultura política mexicana de la época.

En sus inicios, siendo un impulso de elites, se trata de enderezar el timón de un sistema que se considera viciado, infundiéndole la «energía» y el «patriotismo» de Reyes<sup>26</sup>. También se trata, sin embargo, más allá del interés de miembros de la elite ligados al poder, de un movimiento en donde confluyen y se confrontan dos culturas políticas distintas: siendo Reyes un hombre político tradicional al punto que se ha dicho ya, los reyistas en su mayoría recurren a los medios más modernos de la lucha política: prensa, clubes y partidos, considerándolos como instrumentos de construcción de un régimen democrático. Por ello, desde el principio, la prensa juega un papel central: *México Nuevo*, desde la capital del país, tendrá interlocutores en la mayoría de los estados.

No es éste un movimiento unificado bajo una sola cabeza. Esto se explica en parte por la actitud de Reyes, quien no es sino el símbolo de un movimiento cuya dirección no asume; lo anterior contribuye a explicar el carácter plural del reyismo: a falta de directrices globales, cada quien es reyista como mejor le parece. La decisión de Reyes de mantenerse al margen del reyismo impidió a sus partidarios coordinarse. En cambio, numerosas iniciativas tomaron forma en las regiones, cuyos esfuerzos, aun cuando fueran en una misma dirección, rara vez se conjuntaron. Más aún, en algunos casos la presencia de varias organizaciones en una misma región traduce rivalidades entre grupos y aún «reyismos» diversos<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Véase la reciente biografía de Artemio Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes. Vida de un liberal porfirista*, Monterrey, Ediciones Castillo, 1998.

<sup>26</sup> Este impulso puede apreciarse en la interesante correspondencia entre José López-Portillo y Rojas y Bernardo Reyes, conservada en ABR-CONDUMEX; véase la carta del primero al segundo fechada el 31 de mayo de 1909, c. 39, l. 7637.

<sup>27</sup> Es el notorio caso, en Jalisco, de las diferencias entre el Partido Independiente y el Club Jalisciense del Partido Democrático.

Así, fueron los reyismos movimientos inconexos en la práctica, carentes de un liderazgo común. Los intentos de algunas organizaciones por verse reconocidas como cabezas (el Club Soberanía Popular, desde la ciudad de México, o el Partido Independiente desde Guadalajara) no encontraron respuesta suficiente. Parece desarrollarse el reyismo a través de núcleos regionales, cuyo impulso obedece a las dinámicas e iniciativas de las elites de los estados. Así, la influencia de las elites reyistas de una región sobre otra, depende en buena medida de la falta de iniciativa regional.

Con todo, bajo el nombre de reyismo, una oposición al autoritarismo porfiriano va tomando forma en diversos estados de la república y en su capital: Jalisco, Nuevo León (el estado gobernado por Reyes), el Distrito Federal, el territorio de Tepic, Colima, Sonora, Sinaloa, Coahuila, Veracruz, Guerrero, Guanajuato, Durango, Aguascalientes, San Luis Potosí, Puebla, Zacatecas y Tamaulipas.

Terrenos especialmente propicios al reyismo fueron los estados en que debían renovarse autoridades regionales. Allí, los grupos opuestos al candidato preferido por Díaz fueron con frecuencia partidarios del general Reyes. Destaca así el reyismo sinaloense, vinculado a la candidatura de José Ferrel, que se impulsa frente a la de Diego Redo, considerado una imposición de Díaz y de los científicos.

Ya se ha dicho de la zona norte del país que en ella la influencia de Reyes era grande entre la elite y la burocracia; influencia construida a lo largo de muchos años de presencia y gobierno. Aquí, gozó Reyes de las simpatías de hombres del sistema como Miguel Cárdenas, gobernador de Coahuila y su sucesor Venustiano Carranza, así como de José María Maytorena, uno de los hombres fuertes de Sonora.

También fueron fértiles para el reyismo aquellos estados que guardaban viejos agravios contra Porfirio Díaz; es el caso de Jalisco, cuya clase política, otrora proveedora de figuras nacionales, había perdido a nivel nacional mucha fuerza desde la desaparición de sus últimos «presidenciables»: Ramón Corona e Ignacio L. Vallarta. Es preciso recordar, no siendo cosa menor, que Reyes era oriundo de Jalisco y además estaba emparentado con prominentes figuras del panteón liberal local, como el general Pedro Ogazón.

Aunque las dinámicas regionales fueron sin duda distintas, pueden reconocerse momentos del desarrollo comunes a las organizaciones reyistas. Constituyen estos momentos otras tantas ocasiones de contacto privilegiado entre el reyismo y la opinión pública; en torno a ellos se estructuró la imagen pública del reyismo y a través de ellos se ampliaron considerablemente sus bases.

Sobre la fundación de las principales organizaciones, debe decirse que en ella intervienen sin duda alguna redes de sociabilidad previamente existentes. Una diferencia cualitativa entre dos tipos de redes reyistas debe hacerse: por un lado quienes, vinculados al

aparato estatal en diversas formas, decidieron conformar una organización política de tendencia reyista manifiesta o no (como el Partido Democrático y muchos de los clubes del norte del país) y, por otro lado, organizaciones cuyo principio mismo era el reunir a ciudadanos no vinculados a la administración pública (como el Partido Independiente).

En la expansión del reyismo pueden reconocerse dos momentos, cuya frontera está en la oficialización de la candidatura a la vicepresidencia de Ramón Corral, en mayo de 1909. Antes de esta fecha, el entusiasmo alcanza para contrarrestar el silencio del candidato y la ambigüedad de su postura alienta la movilización. Pasada esa fecha, el movimiento se radicaliza y sigue captando importantes adhesiones, entre las que destaca el apoyo (en algunas regiones masivo) de los estudiantes y la expresión abierta de simpatías por parte de algunos miembros del ejército. Debe decirse que, incluso después de las declaraciones públicas de Reyes rechazando terminantemente la candidatura (julio de 1909), siguen manifestándose a su favor grupos e individuos<sup>28</sup>.

El reyismo encontró especial eco en los medios urbanos, si bien no solamente en las grandes ciudades; hay evidencias de que encontró respuesta entusiasta en localidades pequeñas. Además de hombres políticos, entre los reyistas encontramos mujeres, artesanos, empleados, comerciantes, estudiantes, profesionistas (particularmente médicos e ingenieros), burócratas, militares<sup>29</sup>. De su influencia en la masonería se puede hacer una apreciación limitada a causa de la dificultad de acceso a las fuentes; sin embargo, todos los testimonios de época, de amigos y enemigos, coinciden en señalarla y en los documentos accesibles se aprecian rupturas que fortalecen la idea de que la oposición a Díaz se refugió en ciertas logias, teniendo traducción en rivalidades entre sectores de la masonería<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> Es difícil hacer un balance cuantitativo del reyismo mientras siga estando insuficientemente explorada su historia a escala regional, pues aún se ignora el número de sus partidarios en varias regiones. Permítaseme citar las cifras relativas a la organización que más impulso dio a la candidatura de Reyes en occidente: el Partido Independiente, que llegó a sobrepasar los tres mil quinientos afiliados, distribuidos en 44 localidades de 6 entidades federativas, en seis meses.

<sup>29</sup> La influencia de Reyes sobre el ejército fue sin duda uno de los elementos que mayor desconfianza suscitaron en Porfirio Díaz; así, las manifestaciones abiertas de simpatía hacia la candidatura de Reyes por parte de miembros del ejército tuvieron rápida respuesta (consistente en desplazar a los protagonistas a muy lejanos territorios) si bien es preciso decir que quedaron dentro del ámbito de la disciplina militar.

<sup>30</sup> Sigue siendo éste uno de los mayores temas pendientes de la historiografía mexicanista, siempre por las dificultades de acceso a las fuentes, como hace tiempo ha sido señalado ya por varios autores, especialmente por Jean-Pierre Bastian. Véase, de este autor, «La Francmasonería dividida y el poder liberal en México, 1872-1911», en J.A. Ferrer Benimeli (ed.), *Masonería española y América*, t. I, Zaragoza,

Viene luego la represión generalizada del movimiento. Una represión que puede considerarse relativamente moderada —pues no cobra víctimas de sangre—, pero tenaz y en cuyas modalidades influyen decididamente las autoridades locales. Esta represión no es generalizada sino hasta que Díaz lo instruye.

Este último momento permite entender la lógica porfiriana frente a la oposición política, una actitud diferenciada atendiendo a la posición social, eventualmente al rango político de los opositores y al papel jugado en el movimiento. Los periódicos se ven obligados a desaparecer (las prensas son confiscadas y algunos directores encarcelados), los estudiantes son expulsados de las escuelas, y la persecución política se ensaña sobre algunas importantes cabezas (José López-Portillo y Rojas, el más notorio de los reyistas, senador de la República, es desaforado y sometido a juicio, acusado de fraude), muchos sufren prisión. No se trata de una represión sangrienta, sino desarticuladora.

De cualquier manera, el golpe de gracia se lo da al movimiento su propio símbolo: durante la segunda quincena de junio de 1909, Díaz va encaminando a Reyes a deslindarse de sus partidarios. La correspondencia intercambiada entre ambos entre el 15 y el 26 de dicho mes, muestra cómo Díaz primero solicita a Reyes una postura más firme en el rechazo de su candidatura, aduciendo que los «amigos» de éste no han interpretado sus declaraciones como una negativa terminante y se empeñan en seguir movilizados<sup>31</sup>. Reyes cae en la trampa y, buscando afirmarse frente al dictador, le responde que aquellos que insisten, en su mayoría le son «desconocidos» y que aquellos que pueden decirse sus amigos no se dirigen a él ya, sabiendo que se han alejado de sus indicaciones<sup>32</sup>. Díaz no dejará escapar la ocasión: puesto que Reyes suplicará a sus amigos retirarse, habrá que pensar que aquellos que persistan en postularlo no son sus amigos. Sabiendo que no lo son, el gobierno puede actuar según lo exija la conservación del orden<sup>33</sup>. Era el preludio epistolario de la represión.

Meses más tarde, la salida de Reyes del país quita definitivamente a los reyistas toda razón de ser. No es necesario que el gobierno siga interviniendo con fuerza para disolver las organizaciones, las que sobreviven al golpe moral apenas si respiran.

---

Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, 1993, págs. 415-442. También: «Una ausencia notoria : la francmasonería en la historiografía mexicanista», *Historia Mexicana* 175, vol. XLIV, enero-marzo de 1995, núm. 3, pp. 439-460.

<sup>31</sup> Porfirio Díaz a Bernardo Reyes, 15 de junio de 1909, ABR-CONDUMEX, c. 39, l. 7640.

<sup>32</sup> Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 22 de junio de 1909, ABR-CONDUMEX, c. 39, l. 7641.

<sup>33</sup> Porfirio Díaz a Bernardo Reyes, 26 de junio de 1909, ABR-CONDUMEX, c. 39, l. 7642.

## EL PARTEAGUAS

Especial consideración merece, entre los elementos que impulsan el fortalecimiento de las organizaciones reyistas, el lanzamiento de la fórmula Díaz-Corral por la Convención Reelectionista Nacional, con lo cual se formalizaba la postura de Porfirio Díaz. Esto sucede el 25 de marzo de 1909.

El anuncio de esta fórmula, en lugar de hacer desaparecer el nombre de Reyes de la escena política, constituye una invitación a adherir al reyismo —incluso grupos de mujeres se sumarán formalmente al mismo— y desata la lucha abierta de los reyistas contra la decisión presidencial, marcando un punto de ruptura con el porfirismo. Lo que había iniciado como una estrategia de alianza de la opinión pública y de formación de clubes políticos con el objeto de pesar sobre el ánimo de Díaz en favor de Reyes, se vuelve un movimiento de franca oposición que se radicaliza. Atestigua de esta radicalización la evolución del tratamiento reservado a la persona de Díaz en la prensa reyista<sup>34</sup>.

A partir de este momento, las líneas de acción de Reyes y de los reyistas divergen cada vez más: el primero se pliega a los deseos del dictador (se apresura a señalar, aunque en privado, su apoyo a Corral), los segundos prosiguen sus labores de organización y propaganda políticas. Así, en mayo precisamente, sobreviene una ola de formación de clubes en diversos puntos del país, entre ellos el Soberanía Popular, en la capital de la república, que intentará erigirse en centro unificador del reyismo. De esta divergencia cada vez más acentuada entre la figura inspiradora y sus seguidores, queda un valioso testimonio en la correspondencia entre Bernardo Reyes y su viejo amigo José López Portillo y Rojas, en cuyo discurso encontramos elementos representativos del pensamiento reyista, como la asimilación entre voluntad nacional y reyismo, así como el lugar central reservado a la opinión pública. También puede apreciarse cómo llega a alzarse la voz del reyista contra la pasividad del candidato (actitud que será también la de la prensa reyista)<sup>35</sup>.

Se siente con especial fuerza entonces, la ambigua actitud de Reyes que desespera a sus partidarios y termina por dejarlos sin defensa frente a la represión del gobierno. Ciertamente que inicialmente el movimiento se desarrolló al amparo de esta misma incertidumbre:

---

<sup>34</sup> Muy interesante es el seguimiento de los influyentes *México Nuevo* y *La Libertad*, editados el primero en la ciudad de México y el segundo en Guadalajara.

<sup>35</sup> Esta correspondencia se conserva en ABR-CONDUMEX. López-Portillo y Rojas dejó también testimonio publicado de su relación con el reyismo en su obra *Elección y caída de Porfirio Díaz*, Mexico, Porrúa, 2.<sup>a</sup> edición, 1975 [1921].

mientras que organizaciones y prensa comprometida lanzaban su candidatura, Bernardo Reyes no hizo aceptación pública de ella. No cabe duda de que en un primer tiempo no podía hacerlo, pues esperaba ser ungido por Díaz como candidato oficial y no se trataba sino de pesar en el ánimo de éste por la vía de la opinión pública. Reyes decidió ser fiel al dictador de quien esperaba ser el heredero político. Es este un punto en donde, al principio, coinciden las ideas de Reyes y de los reyistas.

Sin embargo, aún después de la oficialización de la candidatura de Ramón Corral, Reyes mantiene el doble juego intentando recuperar la confianza del presidente, arreglándoselas para no asumir ni rechazar definitivamente su candidatura: frente a Díaz, Reyes intenta tomar distancia respecto al reyismo, sin conseguir liberarse jamás de las sospechas que sobre él pesan ni de las críticas de sus enemigos. Al mismo tiempo, en privado dice a algunos partidarios que no está interesado por la candidatura, pero que *deja a salvo* sus derechos ciudadanos de postularlo. A distancia podemos observar con claridad que la ambigüedad resultante de su actitud y declaraciones no hizo sino alimentar el entusiasmo y esperanzas de los reyistas tanto como la desconfianza de Díaz.

Cuando Reyes hace pública su negativa a través de la prensa en julio de 1908, rechazando toda aspiración a la vicepresidencia y reafirmando su fidelidad a las decisiones de Díaz, la distancia entre el general y el reyismo es inocultable: aquel se obstina en recuperar la confianza del presidente, poniendo en primer plano valores como el honor y la lealtad; éste está animado por hombres cuyos ideales son, en sentido moderno, la nación, la patria, la soberanía, el pueblo. Conceptos todos que Reyes emplea, pues no son ninguna novedad, pero cuyo contenido para él se asimila a la figura y voluntad de Porfirio Díaz. Reyes se somete al dictador, el reyismo se aviva.

Ya distanciados en la acción y Reyes en postura abiertamente porfirista, también la represión es abierta. No cesarán sin embargo los reyistas de intentar presionar a Díaz y también a Reyes, por la vía de la opinión. El golpe de gracia sólo lo asestará la salida del general del territorio nacional en el mes de noviembre.

## CONCLUSIONES

El reyismo permite constatar la construcción de una cultura política renovada, cuyos rasgos relevantes son la oposición al autoritarismo, la importancia concedida a la fuerza de la opinión pública como constructora de ciudadanos y la democratización como horizonte de referencia. Así, su acción vuelve concebible la caída de Díaz (y la transición a un régimen democrático), quien poco a poco

va dejando de ser el «hombre necesario» intocable y perfecto que había sido, para transformarse en «dictador».

La historiografía de la revolución mexicana ha señalado con frecuencia la inscripción del reyismo en la continuidad política con el porfiriato. Esta apreciación es parcialmente válida, si la atención se detiene en Bernardo Reyes. El estudio del reyismo como movimiento político y de opinión, revela el carácter impreciso de tal interpretación. La continuidad es ciertamente la fachada del reyismo y su punto de partida, sin embargo, en la medida en que se le supone como condición para una transición a la democracia, es también el fundamento de una importante ruptura con el porfirismo. Continuidad entonces, en cuanto al ideal de mantenimiento de la paz, pero cambio profundo sobre otros planos cuando en el horizonte está la idea de una reforma política que conduzca a una democratización efectiva, a la ampliación de la esfera política y al nacimiento de nuevos ciudadanos. Se comprende que la ruptura con relación a Díaz termine por ser una ruptura con el propio Reyes.

Es el reyismo un movimiento de transición entre la práctica y la cultura política porfirianas y un universo nuevo cuyo proyecto considera a la política como una interacción entre ciudadanos. La idea no es nueva: procede del ideal liberal republicano de tiempos de la Reforma; pero la originalidad del reyismo estriba, tras tres décadas de gobierno unipersonal, en repetir incansablemente que la oposición al autoritarismo es, no sólo legítima y posible, sino indispensable e incluso patriótica. Convencidos hasta el final que la opinión pública lleva en sí una fuerza de transformación, los reyistas contribuyen a diseminar el deseo del cambio y la idea que éste es realizable.

## RESUMEN

### *Poder y política entre el Porfiriato y la Revolución. El reyismo*

Este artículo tiene por objeto central el estudio del movimiento político conocido como «reyismo», una de las oposiciones políticas de mayor importancia en la transformación del espacio público mexicano que preparó el terreno al estallido revolucionario de 1910. Movimiento gestado como una oposición interna al régimen dictatorial de Porfirio Díaz y que toma forma plena durante la crisis política mayor de dicho régimen: la sucesión presidencial de 1910. Se parte de considerar el funcionamiento del universo político porfiriano, para explorar las condiciones de surgimiento de una oposición porfirista. Se destaca la divergencia cada vez más profunda entre los ciudadanos movilizados en torno a una figura, el general Bernardo Reyes, quienes recurren a los medios de la política mo-

derna (organización de partidos, formación de opinión pública, participación ciudadana) y el propio general, cuyas acciones están regidas por representaciones de vasallaje político tradicional.

#### ABSTRACT

*Power and Politics between the Porfiriato and the Revolution. The «reyismo»*

The central theme of this paper is the political movement known as «reyismo», one of the most important political groups of opposition in the transformation of the Mexican public sphere that paved the way to the revolutionary outbreak of 1910. This movement emerged as an internal opposition to Porfirio Díaz's dictatorial regime and blossomed during the major political crisis of this regime: the presidential succession of 1910. First, the paper takes into consideration the functioning of the political world during Díaz's era, then it explores the conditions for an internal opposition to arise. It points out the increasing divergence between, on the one hand, the citizens mobilized around the figure of general Bernardo Reyes, using the means of modern politics (party organization, formation of public opinion, citizens' participation) and, on the other, General Reyes himself, whose actions are ruled by politically traditional representations.

Elisa Cárdenas es doctora en Historia por la Universidad de París I. Investigadora del Departamento de estudios sobre los movimientos sociales de la Universidad de Guadalajara, México. Autora del libro: *Le Laboratoire Démocratique : Le Mexique en Révolution (1908-1913)*, Les Publications de la Sorbonne, París, 2001. Actualmente desarrolla el proyecto: *Orígenes de la Democracia Cristiana en América Latina: Catolicismo y Política (1890-1922)*.